



LAS DUDAS DE SAN PEDRO.

CUENTO POPULAR.

I.

Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo sucedieron cosas que el pueblo español me ha contado en el lenguaje candorosamente familiar y castizo, en que, con la ayuda de Dios, las voy á recontar.

San Pedro era un gran santo, y Cristo le queria mucho, como lo prueba el haberle nombrado su vicario en la tierra, y el haberle dado despues las llaves del cielo; pero, á pesar de eso, San Pedro tenia de cuando en cuando sus ratos de mal humor y sus rarezas, como generalmente les sucede á los viejos, que poco á poco se van volviendo á la edad de los niños.

Cristo notaba hacia algun tiempo que San Pedro estaba cada vez mas caviloso y triste, y un dia le dijo:

—Pedro, tú por fuerza has pisado alguna mala yerba, porque andas muy triste y caviloso.

—Señor Maestro, contestó San Pedro, desgraciadamente no se equivoca usted. Hace tiempo que me atormenta

cada vez más una pícara duda, que casi no me deja pegar los ojos en toda la noche.

—¿Y se puede saber qué duda es esa?

—Señor Maestro, trabajillo me costará el decírsela á V., porque es cosa terrible...

—¡Déjate de aspavientos y melindres, y al grano, al grano!

—¡Pues ha de saber V. que dudo de la justicia y sabiduría de Dios!

—¿De mi Padre?

—Cabalito; de su señor Padre de V.

—¡Hombre, tú estás empecatado!

—Lo que le digo á V., señor Maestro. Tal duda será una picardía, será un sacrilegio, será una barbaridad, será todo lo que V. quiera; pero lo cierto es que yo la tengo, y por más que me mato por echarla con doscientos mil de á caballo, no lo puedo conseguir.

—Pero vamos á ver en qué se funda esa duda, hombre; porque no basta decir yo dudo de esto, ó de lo otro, ó de

lo de más allá; hay que probar que no se duda á humo de pajas.

—Estamos conformes en eso, señor Maestro; pero desgraciadamente la duda que yo tengo de la justicia y sabiduría de su señor Padre de V., tiene muchísimo fundamento.

—Veamos qué fundamento es ese.

—Señor Maestro, V. sabe muy bien que desde que andamos de Ceca en Meca combatiendo la malicia y el error, que tanto abundan en este pícaro mundo, hemos visto cosas que... francamente, no nos han hecho maldita la gracia.

—¿Y qué cosas han sido esas?

—¡Demasiado las sabe V., señor Maestro! Hemos visto inocentes niños desamparados, hombres de bien haciéndose cruces en la boca, bribones nadando en el oro y el moro, mujeres honradas cubiertas de harapos y mujeres sin vergüenza cubiertas de seda y repantigadas en doradas carrozas.

—¡Todo eso es la pura verdad, Pedro!

—Pues bien, señor Maestro; si su señor Padre de V. es justo y sábio á carta cabal, como V. dice, y todos nosotros vamos propalando por el mundo, fiados en la honrada palabra de V., que creemos no nos dejará mentir, ¿cómo su señor Padre de V. consiente esas y otras picardías?

—¡Pedro! contestó Jesús: tu duda es criminal; pero no temas, que mi Padre ha dicho: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, que de ellos será el reino de los cielos!».

—¿Y se puede saber, señor Maestro, qué entiende V. por pobres de espíritu?

—Pobres de espíritu son los ricos de corazón, que si pecan, pecan por igno-

rancia y no por malicia, como te sucede á ti al dudar de la justicia y sabiduría de mi Padre.

Al decir esto, Cristo sonrió benévola-mente. Entonces San Pedro sintió que un rayo de divina luz iluminaba vaga y fugitivamente su inteligencia, y prorumpiendo en lágrimas de arrepentimiento, quiso prosternarse á los piés de Jesús, que le tendió amorosamente la mano para impedirlo, y le consoló con su sonrisa.

Y ambos viajeros, mudando en seguida de conversación, continuaron su camino.

II.

Andando, andando, llegaron Cristo y San Pedro junto á una casería rodeada de frutales y campos de dorado trigo, que un hombre, una mujer y un niño comenzaban á segar.

Como hacia un calorazo que se asaban los pájaros, iban ambos, como quien dice, con un palmo de lengua fuera.

—Señor Maestro, dijo San Pedro, esto es achicharrarse, y yo ni siquiera me atrevo á quitarme el sombrero para limpiarme el sudor, porque como tengo tan poco pelo, temo coger una insolacion que me lleve la trampa.

—Ten un poco de paciencia, Pedro, que en esa casería descansaremos un poco y beberemos un trago de agua fresca, porque yo me voy ahogando de sed.

—Y á mí me sucede dos cuartos de lo mismo.

Cristo y San Pedro llegaron al fin á la casería, que estaba al empezar una cuesta, y se sentaron delante de ella á la sombra de un cerezo.

Apenas vieron los labradores que los

viajeros se habían detenido, se apresuraron á salir á saludarlos. Los labradores eran un matrimonio con un hijo como de catorce años, muy avispado y muy guapo.

El recibimiento que hicieron á los dos viajeros desconocidos no pudo ser mas afectuoso.

—Pasen Vds., y descansarán un rato y tomarán algo, les dijo la labradora abriendo la puerta de la casería.

—No se moleste V., le contestó Cristo, que á la sombra de este cerezo estamos perfectamente. De lo que sí nos ha de hacer V. el favor es de un poco de agua fresca.

—Con mucho gusto, contestó la buena mujer.

Y un momento despues les sacó agua con azucarillos y todo.

—Parece, le preguntó Cristo, que ogaño la cosecha de trigo es buena.

—Muy buena, gracias á Dios. El Señor ha derramado este año todas sus bendiciones sobre nuestras heredades.

—¿De modo que cojerán Vds. trigo para todo el año?

—Y aún para más tendríamos sino lo vendiésemos; pero pensamos llevar al mercado toda la cosecha de trigo de este año para dar con su importe y el de la fruta un poco de carrera á este chico, y pasar como Dios nos dé á entender con pan de la cebada que hemos recogido ya.

Tras esta corta conversacion, Cristo y San Pedro se despidieron de los labradores, que no les dejaron marchar sin darles para mojar la boca en el camino un puñuelo de ricas cerezas, que el chico, por mandado de su madre, cogió del árbol.

Cristo y San Pedro continuaron su camino.

—¿Sabe V., señor Maestro, dijo San Pedro, que esas gentes me parecen muy honradas, muy cristianas, y muy buenas?

—¡No lo sabes bien, Pedro! Pero apretemos el paso, porque aquella nube que aparece por Occidente me dá muy mala espina. Milagro será que no nos alcance antes que lleguemos á la venta del alto.

San Pedro siguió el consejo del Maestro, con tanto más motivo, cuanto que la nube avanzaba, avanzaba relampagueando y tronando como un demonio.

Cuando llegaban á la venta, la tempestad bramaba ya sobre la casería donde tan obsequiosamente habían sido acogidos. Refugiáronse en la venta mientras la tempestad pasaba, y salieron así que escampó para continuar su camino.

San Pedro dirigió entonces la vista hácia la casería, y lanzó un grito de sorpresa y de lástima al ver que el pedrisco había arrasado completamente los campos cubiertos de trigo y los árboles cargados de fruta que rodeaban la casería.

Cristo reparó tambien en aquel estrago, y guardó silencio.

Una nube de tristeza se extendió de nuevo por la venerable faz de San Pedro.

—¿Qué es eso, Pedro? le preguntó el Maestro.

—¡Señor Maestro! exclamó el anciano con honda amargura, ¿no ha convenido V. en que son gentes cristianas y honradas las de esa casería?

—Sí, Pedro, son honradísimas.

—Pues entonces...

—¡Pedro! ¡no vuelvas á dudar de la justicia y sabiduría de mi Padre! dijo Jesús sonriendo.

—¡Señor Maestro, rogadle que me perdone! exclamó San Pedro llorando, porque aquella vaga y divina luz que esclarecía su inteligencia siempre que Jesús le reconvenía con benévola sonrisa, había ahuyentado de repente su desconsoladora duda.

—¡Pedro! le contestó Jesús, mi Padre ha dicho: ¡bienaventurados los pobres de espíritu!

Y ambos siguieron su curso mudando de conversacion.

III.

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron al anochecer á una ermita que estaba en un espantoso desierto en cuyos matorrales ahullaban los lobos como condenados.

—Señor Maestro, dijo San Pedro, yo no paso de aquí aunque me fusilen.

—¿Por qué hombre?

—¿No oye V. la música que empieza en los matorrales?

—Pedro, cuando los lobos ahullan licencia tienen de Dios.

—Estoy conforme en eso, señor Maestro; pero no lo estoy en que los lobos saquen la tripa de mal año con nosotros.

—No tengas cuidado, que aquí ha de vivir un ermitaño que es casi un santo, y de seguro nos dará un rinconcillo donde pasar la noche.

—¡Me ha vuelto V. el alma al cuerpo, señor Maestro!

Cristo y San Pedro se dirigieron á la ermita y pidieron hospitalidad al ermitaño que los recibió con mucho amor, y les dió de cenar pan, nueces y agua fresca servida en una copa de oro guarnecida de diamantes.

La copa le chocó sobremanera á San

Pedro. El ermitaño lo notó y se apresuró á satisfacer la curiosidad del anciano.

—Sin duda, dijo á sus huéspedes, extrañarán Vds., que un humildísimo siervo de Dios, que ordinariamente se alimenta con yerbas y raíces, pues el pan y las nueces solo se usan aquí los días de incienso, posea una alhaja como esta?

—Y tres mas que lo extrañamos, contestó San Pedro.

—Pues han de saber Vds. que yo era riquísimo, triunfaba y gastaba en grande y lo mismo me acordaba de Dios que de la primera camisa que me pusieron. Al fin me tocó Dios en el corazón y determiné renunciar á las vanidades de este mundo, á cuyo efecto di á los pobres cuanto tenía, menos esta copa, y me vine á esta soledad donde vivo, dando al olvido esta vida transitoria y pensando solo en la eterna.

—Eso, contestó San Pedro, es muy cristiano y muy bueno, pero pregunta mi curiosidad, ¿por qué se reservó usted esta copa, que entre paréntesis, vale cualquier dinero?

—Porque era un regalo que me había hecho el rey y... francamente, no tuve valor para desprenderme de una alhaja que tanto y tanto me honra. ¿Conque según veo le parece á V. cosa de mérito la copita, eh?

—¡Vaya si nos parece!

—Y no crean Vds. que la guarnición es de piedras falsas: es de finísimos diamantes que valen un dineral.

—¡Eso á la legua se conoce, hombre!

Sospechando el ermitaño que los forasteros tendrían mas ganas de dormir que de hablar de la copa, les arregló una excelente cama de yerba seca y

olorosa, y así que se acostaron y les dió las buenas noches, se fué á la ermita á pedir á Dios que les concediese el sueño de los justos.

Cuando Cristo y San Pedro se levantaron, el ermitaño ya les tenia preparado el almuerzo compuesto, para variar, de nueces, pan y agua fresca, servida en la consabida copa.

—Ea, les dijo, almuercen Vds. á sus anchas y dispensen Vds. que los deje, porque tengo que irme á mis rezos. Dios les de á Vds. buen viaje, y haga que si no nos volvemos á ver en la tierra, nos volvamos á ver en el cielo.

Cristo y San Pedro le dieron las gracias por todo, le instaron á que se fuese á sus quehaceres sin andar en cumplimientos, y despues de almorzar continuaron su viaje.

—¿Sabe V., señor Maestro, dijo San Pedro, que el ermitaño ese me parece un bendito?

—Ya te dije, Pedro, que casi era un santo.

—Yo creo que lo es sin casi.

Como el pan y las nueces son comida seca, Cristo y San Pedro tuvieron muy pronto una sed de mil demonstres.

Busca por aquí, busca por allá una fuente, al fin dieron con una que brotaba al pié de un árbol. Para beber en ella casi era necesario echarse de bruces. Iba ya á hacerlo San Pedro, á pesar de que para bajarse tenia ya duro el espinazo, cuando el Maestro le detuvo diciéndole:

—Espera Pedro, que aquí he de tener yo un chisme con que beberemos con toda comodidad.

—Y echando mano á las alforjas, sacó de ellas con gran asombro de San Pedro, la rica copa del ermitaño.

—¡Pero, señor Maestro!... murmuró el anciano, por cuyo venerable rostro se habia extendido de repente no ya una nube, sino un denso nubarron de tristeza.

—¡Pedro! bebe y calla, le interrumpió Cristo.

Bebieron ambos, se guardó Cristo la copa en las alforjas, y continuaron su camino.

San Pedro se moria de tristeza.

—¡Pedro! le dijo Jesús, ¿volvemos á las andadas?

—Señor Maestro, le preguntó á su vez el apóstol, ¿está V. seguro de que su señor Padre de V. aprueba cuanto V. hace?

—Tú lo has dicho, Pedro.

—¡Pues, señor... digo que no lo entiendo, que no lo entiendo y que no lo entiendo!

—¡Porque eres pobre de espíritu, Pedro! dijo Cristo con seriedad.

—¡Pero qué pobre de espíritu ni qué alforjas!... Ese santo hombre nos da de comer lo mejorcito que tiene, nos pone una cama como á unos príncipes, nos da de almorzar, nos deja solos en su cuarto á pesar de que en él tiene una copa que vale mas oro que pesa, y en pago de todo, le birlamos la copa!!... Hombre, si esto no es una picardía, que venga Dios y lo vea.

—Ya lo ve, Pedro.

—¿Y lo aprueba?

—Cúmplese su santa voluntad, dijo Jesús sonriendo.

Aquel súbito rayo de luz que solia iluminar la inteligencia del apóstol, apareció tambien esta vez al trocar Jesús su severidad en benévola sonrisa.

El apóstol lloró de arrepentimiento y consuelo y ambos viajeros continuaron su camino, mudando de conversacion.

IV.

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron á la orilla de un rio muy ancho y muy hondo que habia que pasar en una barca.

La barca estaba amarrada á la orilla del rio y el barquero no parecia por allí.

San Pedro, como habia sido pescador y entendia algo de barcas, quiso empuñar el remo y pasar con Cristo al otro lado; pero Cristo se opuso á ello.

—¿Qué, señor Maestro, dijo el anciano, desconfia V. de mi pericia en la navegacion? ¡Ave-María, no es V. poco desconfiado!

—¡Pedro mete la mano en tu seno! le replicó Cristo sonriendo.

San Pedro se puso como la grana y calló.

Ambos se sentaron á descansar á la puerta de la choza del barquero, mientras el barquero venia.

¡Buena necesidad tenian los dos de descansar y aun de tomar un bocado porque estaban aspeados y muertos de hambre!

Poco despues vieron bajar al barquero de hácia una iglesia que se veia allá arriba en un cerro que dominaba la ribera.

El barquero, que parecia como compungido y lloroso, les pidió mil perdones por haberlos hecho esperar, y despues de haberles obsequiado con una fritada de truchas y un porron de buen vino, que encandiló los ojillos al pobre anciano, se dispuso á pasarlos al otro lado.

Cuando se acercaba la barca á la orilla opuesta, Cristo sacó con mucho disimulo una barrena que llevaba en el bolsillo desde el tiempo de su difun-

to padre San José, y con ella hizo en el fondo de la barca un agujero que tapó con el pié para que no entrara el agua hasta su debido tiempo.

Cristo y San Pedro se despidieron del barquero que no quiso tomar ni un cuarto por el almuerzo ni el pasaje, y saltando en tierra empezaron á alejarse del rio.

Oyendo San Pedro un doloroso grito que le pareció del barquero, volvió la cara y vió que barca y barquero, se hundian en el fondo del rio para no volver á aparecer.

—¡Señor Maestro! exclamó espantado, ¡socorramos á ese buen hombre que se ahoga!

—Pedro, le replicó el Maestro, cúmplase la voluntad de mi Padre, que para que se cumpla, he horadado yo el fondo de la barca mientras pasábamos el rio.

—¡Vamos, señor Maestro, exclamó San Pedro, santiguándose y cubierta su venerable faz de una nube de tristeza mas densa aun que la que habia vomitado torrentes de piedra sobre la casería de marras; vamos, esto ya pasa de castaño oscuro!

—¡Pedro! le dijo el Maestro con severidad; la voluntad de mi Padre se ha cumplido.

—Pero, señor Maestro... Vamos, si digo y redigo y vuelvo á decir, que yo no comprendo estas cosas!

—No las comprendes, Pedro, porque eres pobre de espíritu, dijo Jesús sonriendo benévolamente y alargando su diestra al anciano.

El misterioso rayo de luz tornó á iluminar la inteligencia de San Pedro.

San Pedro bajó la venerable frente en silencio, derramando abundantes lágrimas, y ambos viajeros continua-

ron su camino, mudando de conversacion.

V.

Andando, andando, Cristo y San Pedro llegaron, ya muy de noche, á un pueblo donde no conocian á nadie.

A la puerta de una casa vieron á un hombre y le preguntaron dónde hallarian posada. El hombre, que parecia estar chispo, les puso de picardías que no habia por donde cojerlos.

San Pedro quiso emprender con él á estacazos, pero Cristo se lo impidió diciéndole:

—¡Pedro! la voluntad de mi Padre es que cuando nos hieran una mejilla, presentemos la otra para que nos la hieran tambien.

Y asiendo de la mano al apóstol, ambos se fueron al pórtico de una iglesia que estaba enfrente y alli pasaron la noche durmiendo como bienaventurados.

Cuando despertaron, poco despues de rayar el alba, vieron á un hombre tumbado á la puerta de la taberna de enfrente y fueron á ver si estaba muerto ó dormido.

¡El hombre estaba que daba lástima! Tenia la camisa llena de vino, la cara y manos llenas de arañazos y cardenales, y la ropa hecha girones.

—Vamos, dijo San Pedro, este está durmiendo la mona. ¡Pero, Señor, es mucho cuento la pícara aficion al vino que tiene esta gente del pueblo! Si yo fuera rey, en mi reino solo se habia de vender el vino en las boticas, y al boticario que vendiera un cuartillo sin la correspondiente receta del facultativo, ya le habia caido la lotería!

—Pedro, le replicó el maestro, si no

has empinado nunca el porron, tira la primera piedra al que le empine.

San Pedro se acordó de la choza del barquero y se calló, como diciendo para sí:

—¡Me ha doblado de medio á medio el señor Maestro!

Cristo dijo al dormido:

—¡Eh, arriba buen hombre, que ya es de dia!

El dormido despertó saludándoles con un «buenos dias tengan Vds.», y levantándose como avergonzado, fué á tomar una callejuela excusada como si quisiera ocultarse de las gentes que ya comenzaban á salir de casa.

—¡Calla! exclamó entonces San Pedro, reparando bien en él, ese tunante es el que anoche nos puso como ropa de pascua!

—El mismo, dijo Cristo, y dirigiéndose al hombre, añadió:

—Eh, buen hombre, venga V. acá.

El hombre volvió como avergonzado y tímido, y Cristo, echando mano á las alforjas, sacó la copa guarnecida de diamantes y se la dió diciéndole:

—Tome V. esa copa que vale mucho dinero, véndala, y haga de su importe el uso que Dios manda.

El hombre tomó la copa deshaciéndose en lágrimas de agradecimiento y se alejó por la callejuela excusada.

La nube que en aquel instante cubrió el venerable rostro de San Pedro, no era ya nube, era tinta fina de escribir.

—Señor Maestro, exclamó el anciano fuera de sí, si su señor Padre de usted obra como justo y sábio al recompensar de ese modo á un borracho indecente, digo que...

—¡Pedro! le interrumpió Jesús con severidad, no digas desatinos. Ten fe en la justicia y sabiduría de mi padre

que vacila con frecuencia y es menester fortalecerla, porque mi Padre quiere fundar en ella la obra mas grande y duradera de este mundo.

Y así diciendo, Cristo tomó á San Pedro de la mano y fué á sentarse con él en el pórtico de la iglesia.

VI.

—¿Qué has visto, Pedro, desde que me confesaste que dudabas de la justicia y sabiduría de mi Padre? preguntó Cristo á San Pedro con mucha seriedad.

—Señor Maestro, he visto cosas que han arraigado cada vez mas mis desconsoladoras dudas, contestó San Pedro llorando.

—Oyeme, Pedro, con atencion y deja las lágrimas para llorar otra gran debilidad en que has de incurrir cuando se acerque la consumacion suprema de los decretos de mi padre.

Aquellos honrados labradores cuya cosecha vimos destruida en un instante por la piedra del cielo, destinaban el importe de la cosecha destruida á costear la carrera de su único hijo que queria hacerse escribano. Si el chico hubiera enredado en pleitos y jaranas á todo el pueblo, hubiera matado á disgustos á sus padres, hubiera deshonrado á la familia y por último se hubiera condenado: pero como el pedrisco ha dejado á sus padres sin medios para darle tal carrera, que honra tanto mas á los que la ejercen bien, cuanto mas expuesta es á ser ejercida mal, el chico será un honrado labrador como sus padres, estos alcanzarán á su lado una vida feliz y dilatada, él la alcanzará igual al lado de sus hijos, y cuando muera, irá á sentarse á la

diestra de mi Padre, que es donde se sientan los que glorifican á Dios y á la humanidad con la virtud y el trabajo.

A aquel ermitaño, que tan caritativa hospitalidad nos dió, solo le faltaba para ser santo una cosa: desembarazarse de una sutilísima hebra de vanidad mundana que le ligaba á la tierra. Yo, cumpliendo la voluntad de mi Padre, quebranté aquella hebra, arrebatándole la copa de oro que conservaba con necio orgullo por habérsela regalado un rey, y el ermitaño goza ya de la bienaventuranza eterna en el reino de mi Padre.

El barquero que viste ayer sepultarse en el fondo del rio, habia cometido enormes crímenes arrojando al agua á muchos viajeros para robarles; repetidas veces se habia arrepentido y repetidas veces habia reincidido en los mismos delitos. Ayer se hallaba en estado de gracia, porque acababa de confesar y llorar sus culpas con sincero arrepentimiento. Muriendo ayer, subió derecho al cielo; si ayer no hubiera muerto, hubiera vuelto al pecado y hubiera bajado derecho al infierno.

Por último, ese hombre á quien he dado la copa de oro, era un honrado labrador, padre de numerosa familia. Pérdidas de cosechas y otras desgracias le hicieron contraer grandes deudas y experimentar grandes privaciones, que le avergonzaban y lastimaban horriblemente. Para atolondrarse y echar de la memoria sus desdichas el insensato acudia al vino, tomando por lo sério aquella estúpida máxima popular que dice: «Para no sentir penas, emborracharse.» Con el valor de la copa que yo le he dado pagará todas sus deudas, atenderá á las necesidades de

su casa, apartará á su familia de la senda de perdicion á que empezaba á arrastrarla la miseria; será un ciudadano útil y un honrado padre de familia; y él, y su mujer, y sus hijos, que caminaban para el infierno, caminarán para el cielo.

¡Pedro! continuó Jesús, trocando la severidad en una dulce y benévola sonrisa, Dios, que es mi Padre, es la justicia y la sabiduría, así en la tierra como en el cielo. La inteligencia humana, como es débil y mezquina, no comprende la razon y la justicia de todo lo que Dios hace; pero todo lo que Dios hace es sábio y justo. Los pobres de espíritu dudan; pero sino son tambien pobres de corazon, se salvan.

Aquel rayo de divina luz que irradiaba siempre la sonrisa de Cristo y solia iluminar vaga y fugitivamente la inteligencia del apóstol, la iluminó al fin por entero y se fijó en ella para no abandonarla ya más.

—¡Oh, señor! exclamó San Pedro, deshaciéndose en lágrimas de consuelo

y de fé: ¡pedid á vuestro Padre que tenga misericordia de mí!

—¡Pedro! dijo Jesús sonriendo: ¡tú eres de los pobres de espíritu de quien ha dicho mi Padre que serán con él en el reino de los cielos!

Bilbao.

ANTONIO DE TRUEBA.

Tiene que repetir aquí el autor de este cuento lo que ha dicho en las varias colecciones del mismo género que ha publicado: recoge de boca del pueblo los cuentos que este inventa, y aun plagia, adoptándolos á su inteligencia, lenguaje é inclinaciones, y procura darles la forma literaria y el fin moral y filosófico de que en boca del pueblo carecian. Lo que conserva en ellos es la frase popular y la agudeza de concepto en que generalmente son riquísimos é inimitables. Algunos de los escritores que en el extranjero, y particularmente en Alemania, se han dedicado á idéntica tarea, han conservado los cuentos populares tales como de boca del pueblo los han recogido; pero el autor de estos renglones cree que debe seguir distinto camino. Los cuentos populares tales como el pueblo los cuenta, son tan inverosímiles y absurdos, que no pueden ingresar en la literatura sin que el arte les dé lo que les falta para merecer tal honra.





UTILIDAD DE LA HISTORIA.

Bien sé yo que mis inocentes lectores se habrán preguntado alguna vez cuando con el libro en la mano se hayan dedicado á estudiar la leccion de Historia Sagrada, de Historia Universal ó de España que sus profesores les hayan señalado: ¿Para qué sirve la Historia? ¿Qué nos importa saber lo que pasó hace quinientos ó mil años en esta parte ó en la otra? ¿Qué provecho podemos nosotros sacar de saber lo que ocurrió en tiempo de nuestros tatarabuelos?

¡Inocente candidez! ¿Creeis, amables niños, que el maestro os hace estudiar las lecciones de Historia sin mas objeto que mortificaros, ó con el fin de recargar vuestra memoria con el conocimiento de sucesos que nada os interesan, ó solamente para robaros un tiempo precioso que podríais emplear en juegos inocentes ó en picarescas aventuras? Pues nada de eso, amigos míos.

Los niños han nacido para llegar á ser hombres, y los hombres deben cumplir el fin para que fueron criados.

¿Podríais llegar á ser hombres como vuestros padres y vuestros tios, á tener su estatura, su fuerza y su respetabilidad, si vuestros miembros no fueran creciendo y desarrollándose de dia en dia insensiblemente y adquiriendo la extension y el vigor de que ahora carecen? Ciertamente que no. Pues bien, de la misma manera, si vuestra débil inteligencia no crece y se desarrolla á beneficio de los conocimientos con que el estudio debe enriquecerla, permanecerá en la infancia y no llegará á aquel grado de vigor que constituye la plenitud del ente racional.

De seguro que vosotros no quereis ser siempre niños; de seguro que en vuestro afán por llegar á ser hombres, medís de vez en cuando vuestra estatura, os empinais para llegar al cua-

dro ó á la rinconera adonde no llegáis hace un mes, y recomendáis á vuestro zapatero que os ponga los tacones altos, y quereis persuadir al sastre de que debe haceros los pantalones dos dedos mas largos que los últimos que os hizo. De seguro que mirais con envidia la estatura de vuestro hermano mayor, que no necesita encaramarse en una silla para mirarse al espejo, y suspirais porque llegue el dia en que como él podais llevar sombrero de copa, ir solos al Prado y mantener con vuestros condiscípulos correspondencia por el correo.

Pues bien; ¿de qué servirá que vuestra estatura adquiera las proporciones de la juventud y podais afeitáros la cara y dejaros el bigote, si vuestra alma permanece en la infancia y no adquiere el desarrollo que solo proporciona el estudio? El cuerpo crece á merced del alimento y del trascurso insensible de los años; en esa trasformacion maravillosa solo interviene la naturaleza. Pero la inteligencia y la razon que distinguen al hombre del niño, solo crecen y se desarrollan á beneficio del estudio y de la observacion, que constituyen la experiencia, y esa no es obra de la naturaleza, sino el fruto de la aplicacion y de la asiduidad.

Pero vamos á nuestro asunto. Perfectamente, me direis tal vez; convenido en que si no estudiamos la gramática no sabremos hablar como corresponde á un hombre; si no estudiamos la aritmética nunca sabremos llevar nuestras cuentas y manejar los intereses de nuestra casa cuando la tengamos; si no aprendemos á escribir, no podremos mantener correspondencia con nuestros amigos y nuestra familia; si no estudiamos francés, no podremos

entrar en conversacion con los naturales de Francia ni leer las obras de sus escritores; si no nos aplicamos al estudio del solfeo, nunca podremos entender la música; si no estudiamos geografía, no podremos conocer los diferentes países del mundo habitado, ni la situacion de los extensos mares y las altas cordilleras. Todos estos conocimientos y otros del mismo género, como la física y la Historia natural, nos servirán de grande utilidad en ocasiones y tendrán en nuestra vida aplicaciones prácticas provechosas para nuestros negocios en la sociedad humana. Pero el conocimiento de la Historia, ¿para qué nos puede servir en la vida práctica? Para saciar nuestra curiosidad únicamente, ó todo lo mas, para lucir nuestra ilustracion en algunas reuniones, si queremos distraer á las personas que nos rodean refiriéndoles sucesos que ni á ellas ni á nosotros nos interesan nada.

Pues bien, siento deciros que estais en un lamentable error, mis jóvenes amigos, si pensais de esa manera, y si os figurais que la historia es una mera distraccion que no proporciona utilidad ninguna. Habeis de saber que, muy al contrario de lo que creeis, la Historia es la verdadera ciencia de la vida y la mejor maestra de los hombres. La moral con su lenguaje severo y árido, os dará provechosas lecciones que os marquen la pauta de vuestros deberes en la sociedad y las reglas que debeis seguir necesariamente para merecer el aprecio de vuestros semejantes. Ella os dirá que no debeis apartaros ni un ápice de la senda de la virtud, y os marcará con ademan austero cuál es ese camino para que no podais confundirle con el del vicio. Pero su voz grave y

monótona podrá suceder que no llegue á interesar vuestros tiernos corazones, y de seguro no herirá ni impresionará vuestra fresca y lozana imaginación ávida de emociones y maravillas, incapaz de fijarse con detenimiento en sus preceptos sobrado teóricos y faltos de un colorido agradable. Mil veces habreis visto esas muestras que sirven para aprender el dibujo, y en las cuales, sobre papel blanco, se hallan delineados únicamente los perfiles y los contornos de los objetos que se han de dibujar, pero sin sombra, luz ni colorido alguno. Es seguro que esas muestras que no son mas que el armazón ó el andamio para pintar un cuadro, no os han agradado. Pero si el mismo dibujo lo veis despues en una preciosa estampa en que los objetos se os presenten con todos sus colores, sus sombras, su luz y todos sus accidentes, retratando con propiedad el cuadro que se quiso pintar, habrá atraído agradablemente vuestra atención, y habreis pasado largo tiempo contemplando sus mas mínimos detalles. ¿Cuál de estos dos cuadros ha hecho mayor impresión en vuestra alma? No hay para qué preguntarlo; el que representa los árboles, el río, las cabañas, el cielo y las nubes con sus propios colores, sus sombras y todos sus efectos.

Pues bien; el primer dibujo, árido y frío, que apenas ha alcanzado de vosotros una mirada desdeñosa, es la Moral: el segundo, aquel que habeis contemplado extasiados, es la Historia. Una y otra dicen lo mismo; sobre los perfiles de la primera, está calcado el precioso dibujo de la segunda, pero de una manera agradable y sorprendente, que reatrata á la naturaleza con sus preciosos detalles, con su esplendente colorido.

La Historia no es mas que la aplicación práctica de la moral: los principios que esta prescribe en una forma austera, aquella los pone á la vista y los demuestra en un lenguaje agradable, con formas palpables: lo que la una propone, la otra lo demuestra; la una ordena, la otra persuade.

Cuando leéis cualquier pasaje de la Historia de un pueblo, ¿creeis que los sucesos que allí se refieren han sucedido por casualidad de aquel modo, como podían haber sucedido de distinta manera? No, amigos míos, la casualidad no existe mas que á los ojos del ignorante. Todo lo que en el mundo sucede obedece á una ley fija é inmutable. Cuando una pluma desprendida tal vez del nido del vencejo cae desde lo alto de una torre, la vereis bajar lentamente dando vueltas en graciosa espiral. ¿Cae de este modo casualmente? No; al bajar de esa manera y no de otra, obedece á las leyes de la naturaleza; la gravedad la obliga á descender, la existencia del aire que atraviesa á su paso la impide caer de repente y la obliga á hacer aquellas espirales. Arrojad desde la misma torre una bala de plomo y la vereis caer recta en un abrir y cerrar de ojos. ¿Podrá suceder alguna vez que la pluma caiga de golpe y la bala baje lentamente haciendo graciosas ondulaciones? No: un millón de veces que caigan bajarán una y otra lo mismo que la primera vez, porque las leyes á que obedece su descenso no varían jamás.

Pues de la misma manera que en la física existen leyes inmutables para los cuerpos inertes, en el mundo moral existen leyes inquebrantables á que obedecen todos los acontecimientos en la sociedad humana. La Historia lo

acredita y lo demuestra á cada paso.

Cada vez que un pueblo en la historia antigua ó moderna se ha abandonado á la indolencia y á los placeres, ha descuidado su comercio, ha desdeñado el trabajo y la industria, ha olvidado el cultivo de sus campos dejándolo en manos de esclavos á quienes por lo mismo despreciaba, los vicios mas vergonzosos se han apoderado de él, han enervado sus fuerzas, le han hecho juguete de miserables tiranos y aquel pueblo, por último, ha perdido la importancia que antes pudiera tener y al fin ha sido borrado su nombre del cuadro de las naciones porque otros pueblos mas activos, mas vigorosos, se han arrojado sobre él, le han encadenado y se han repartido el botín.

Esta ley de la Historia que os cito como ejemplo, y como podia citar otras muchas que el estudio de esa ciencia os enseñará, es tan segura é inmutable, que siempre que veais á un pueblo colocado en igualdad de circunstancias, sin necesidad de ser profeta, podeis pronosticar su ruina.

Ahora de la Historia de los pueblos pasemos á la de los hombres. Cada vez que en la Historia hayais encontrado un personaje que desde un puesto humilde en fuerza de intrigas, de traiciones, ingratitudes y deslealtades, se haya elevado á los puestos mas eminentes, y allí ensoberbecido haya olvidado su origen, se haya entregado en cuerpo y alma al orgullo y á la ambicion mas insaciabiles, le habreis visto cometer en su ceguedad mil torpezas y caer por último, de la altura que escalo entre el oprobio y la vergüenza, para servir de escarmiento á las generaciones futuras. ¿Habrá sucedido esto por casualidad? No, porque siempre

que este caso se repite, se repite tambien el mismo desenlace.

Cada vez que hayais tropezado en la Historia con un hombre benéfico, incansable por proporcionar útiles adelantos y ventajas positivas á sus conciudadanos, que por ellos haya sacrificado su sosiego y su fortuna, que se haya desvivido por mejorar su suerte y hacerlos felices, habreis podido observar que si la ingratitud ha sido en un principio el premio de su noble abnegacion, por último los que han recogido el fruto de sus beneficios, le han colmado de bendiciones, han llorado sobre su tumba, y á sus hijos y á sus nietos han trasmitido la fervorosa veneracion hácia su bienhechor, cuyo nombre aun conserva la historia rodeado de una aureola gloriosa.

La Historia, no lo dudeis, es la mejor maestra de los hombres. En ella encuentra enseñanza el legislador que puede apreciar los efectos y los resultados de las diversas leyes, para que le sirvan de prudente consejo; en ella encuentran saludables ejemplos el magnate y el hombre de Estado, viendo las consecuencias que acarrean la ambicion desmesurada y el desvanecimiento del poder; en ellas encuentra un consuelo y una esperanza á la vez el hombre laborioso, porque sabe que el verdadero mérito, por mas que lo oculte la capa de la modestia, encontrará tarde ó temprano una recompensa en la gratitud de sus semejantes: en ella encontrará un poderoso freno el hombre de instintos criminales, porque le dá la seguridad de que la maldad y la perfidia nunca quedan impunes. En ella el hombre de ciencia puede estudiar los adelantos y los progresos que en el trascurso de los siglos ha

realizado la humanidad. En ella el militar estudia prácticamente el arte de la guerra y toma lecciones de patriotismo de los héroes que hace la Historia desfilan ante sus ojos. En ella el filósofo estudia las miserias y debilidades de la raza humana y aprende á despreciar los vanos honores que pasan como las ligeras nubecillas que sobre el azul firmamento empuja el huracán. En ella todos los preceptos de la moral encuentran una demostración práctica que los hace mas apreciables.

¿Creeis ahora, mis queridos niños, que la Historia es inútil, y que su estudio para nada aprovecha sino para sobrecargar la memoria con una erudición pedantesca?

Si alguna vez os acontece tener que hacer un viaje por las escarpadas cordilleras de los Alpes ó de los Pirineos, de seguro que no os aventurareis solos en tan peligrosa escursión. Buscareis para que os acompañe un guía experimentado que conozca perfectamente el país, os conduzca por los senderos mas seguros y os advierta los pasos mas peligrosos.—Llevad cuidado por esta pendiente, os dirá, el terreno es resbaladizo; por aquí un pasajero atolondrado, por caminar sin precaución, rodó á un abismo donde el torrente arrastró entre espumas su cadáver.—Descansad

un rato en este peñasco, os dirá despues, necesitais tomar aliento para subir despues una cuesta áspera y fatigosa.—Caminad ahora con precaución, porque en el desfiladero que vamos á atravesar, encontraremos innumerables y agudas zarzas que podrán lastimaros las manos y el rostro.—Por este vallecaminad con la escopeta prevenida, dirá mas adelante, porque en él se encuentraná menudo feroces lobos que expían ocultos entre las peñas y la maleza.

Pues bien, la Historia es el guía mas seguro para atravesar los peligrosos valles y empinadas cordilleras de la vida. Ella os dá consejos y os advierte todos los riesgos con que podeis tropezar en esa comarca para vosotros desconocida, mas erizada de peligros y contrariedades que las montañas mas ásperas é incultas.

No desoigais su voz desinteresada; aplicaos al estudio de esa ciencia que os ha de enseñar el arte difícil de la vida. ¿Os gustaria caminar por una senda abierta al borde de un abismo llevando vendados los ojos? Pues tampoco querreis caminar por entre los infinitos abismos que atraviesan el camino de la vida llevando sobre vuestra inteligencia la venda sofocante de la ignorancia.

PEDRO DOMINGO MONTES.

LA MANIROTA.

Habia una vez una jóven que era muy bonita, pero muy descuidada y perezosa. Cuando la mandaban hilar, lo hacia con tanto disgusto, que en vez de desenredar los pequeños pelotones de estopa que se encuentran en el lino, los arrancaba á puñados y los tiraba á un lado en el suelo. Su criada, que era una hilandera muy trabajadora, recogia todas estas pizcas de hilacha, las limpiaba, las hilaba muy finas, y llegó á hacerse con ellas un hermoso vestido.

Pidió un jóven por mujer á la señorita, y

ya iba á verificarse la boda. El dia antes, la activa criada hilaba muy alegre con su vestido nuevo; la novia, al verla, se puso á cantar:

Con los restos de mi hilacha
se ha arreglado la muchacha.

El novio la preguntó la significación de estas palabras, y le contó que con el lino que ella habia tirado, se habia hecho un vestido su criada. El jóven, al ver esto, y conocer la pereza de la una y la laboriosidad de la otra, dejó á su novia y se casó con la criada.

(Trad. del alemán.)



EL LEON Y EL RATON.

FÁBULA.

Rey de los bosques, de su gloria ufano,
El soberbio leon vagaba un día
Por intrincada selva, huyendo vano
De los demás sencillos animales
Que ni mirar en su desden quería;
Cuando no vió que oculto en los jarales
Estaba un fuerte lazo que con maña
Astuto cazador dispuesto había
Para cogerle y dominar su saña:
Y yendo descuidado
Quedó, infeliz, en él aprisionado.
Rugió, pero fué en balde: solo el eco

Contestaba á sus ásperos rugidos
De una montaña en el quebrado hueco.
Vióle un raton forcejear furioso,
Y, movido á piedad, dijo al coloso:
«Aguarda, gran señor, voy á soltarte.»
Y aplicando sus dientes
A la robusta red que le amarraba,
La royó y la cortó, mas con tal arte
Que al fin le dió la libertad que ansiaba.
Niños, con esta fábula os enseño
Que *para hacer el bien nadie es pequeño.*
A.

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Continuacion.)

Apenas hubo vuelto la espalda, cuando Pepito, aprovechando su ausencia, subió á la silla de la mamá, y pasó revista á todo lo que contenía el pupitre. La primera cosa que hizo fué coger el tintero. Mal negocio. El tintero, acostumbrado á que se le tratase con más cuidado, se torció y se vertió, y un arroyo negro cayó del pupitre sobre la mesa, de la mesa sobre el vestido del chico y sobre la estera. Pepito, consternado, quiso detener la inundación por medio de un dique, para el cual empleó todos los cuadernos de cuentas que había sobre el pupitre. Ya os podeis figurar el disgusto de la mamá al ver aquel desastre.

—¡Oh! Pepito, eres el mismo diablo. ¿Qué es lo que has hecho?... No puedo dejarte solo un momento sin que hagas alguna diablura.—Corre, Juanita, á llamar á Rafaela.—¡Y mis cuentas, mis cuadernos, tu vestido... todo lleno de tinta! ¡Jesús María! ¡qué chico, qué

chico tan malo! parece que estás estudiando con los mismos diablos.

—No lo haré más, decía Pepito gimiendo. Creí que el tintero no tenía nada y lo iba á ver por dentro... y como estaba lleno... yo no tengo la culpa... ¡hí! ¡hí! ¡hí! ¡hí!...

Y todavía estaría llorando el chico, sino se hubiera presentado Rafaela á limpiar la tinta, lavar la estera y reparar el desastre; y en seguida se llevó á los chicos para vestirlos.

Sola la mamá, suspiró, y murmuró entre dientes palabras, entre las que pude distinguir las siguientes quejas:

—Estos niños me matan; sería preciso tener una ama de gobierno para ellos solos; pero ¿cómo? Los negocios de Eduardo, así se llamaba el padre de los niños, van mal hace tiempo; ya lo ha vendido todo: caballos, coches, todo. ¿Debo imponerle un nuevo sacrificio?... ¡No, Dios mío, no! Debo tener valor y resignación para sufrir sin quejarme.

Felizmente Jorge, mi querido Jorge, vá á volver del colegio y me ayudará en la educacion de su hermano y su hermana. ¡Ah! ¡cuánto deseo que vuelva! ¡cuántos besos le voy á dar!

Y la buena madre, con una sonrisa inefable, mas animada con el recuerdo de su hijo, se levantó y empezó á arreglar sus cuadernos de cuentas, puestos en completo desórden por la travesura de Pepito.

¿Quién es, me preguntaba yo, ese sér, cuyo solo recuerdo, cuyo nombre tiene la virtud de secar las lágrimas de la buena señora?

V.

UN METAL PERFECTO.

Aproveché aquellos momentos en que Juanita me dejaba en paz para reanudar la conversacion con mi amigo el Dedal. Tenia curiosidad de saber su origen, su nacimiento, y le pregunté:

—¿Le sacaron á V. como á mí de las entrañas de la tierra?

—Sí, en verdad, me respondió. Fuí extraído de una mina de Noruega, purificado en un horno, y, como V., sometido á las rudas caricias del martillo.

—¿Y hace mucho tiempo que se ha extendido entre los hombres el uso de los diversos metales?

—Segun he oido decir, su uso es mas antiguo que el diluvio. El primero que imaginó el arte de trabajar los metales, fué Tubal Cain.

—¿Y quién fué el que inventó las agujas? Me alegraría de saber su nombre.

—Entendámonos, amiga; las agujas son de origen muy antiguo. Las seño-

ras griegas y romanas ya se servian de ellas. Pero las agujas de aquel tiempo en nada se parecian á las de hoy. Estas últimas he oido decir que fueron inventadas por un indio, en el reinado de Enrique VIII, es decir, hace mas de 300 años.

—Pues señor, al veros tan sábio, Dedal amigo, debo consideraros el mas rico y perfecto metal del mundo.

—No, repuso el Dedal con la modestia que le era característica. Hay otro metal mucho mas rico y precioso que yo. ¿Qué vale la plata junto al oro?

—¿El oro?... ¿Qué es eso?

No olvide el benévolo lector que yo era una aguja ignorante, cándida y sencilla, desprovista de toda instruccion, pero ansiosa de adquirirla.

—El oro es el mas perfecto de los metales, continuó el Dedal. El aire, el agua y el fuego no tienen casi poder alguno contra él.

—¿Y en qué país favorecido del cielo se encuentra ese precioso metal?

—El oro se encuentra en diversos puntos del globo, pero principalmente en la América del Sur, California y Australia.

—¿Y le someten como á nosotros á la accion del martillo?

—¿A él?... No se rie él poco de todos los martillos del mundo. Nada puede romperle, pero tiene la facultad de estirarse de una manera tan admirable, que un pedazo de oro menos grueso que una moneda de dos cuartos, puede convertirse en un hilo de tres ó cuatrocientas leguas de largo.

Me asombraron estas palabras del Dedal, pero las siguientes me acabaron de llenar de admiracion.

—Mire V. alrededor, en esta habitacion, en estos muebles, verá V. unas

pruebas maravillosas de la flexibilidad del oro. En el papel que cubre las paredes, en las encuadernaciones de los libros, en los sillones, en los cuadros, en todos los objetos verá V. capas y partículas de oro que el mas leve soplo haria desaparecer, y que dan á todos esos objetos belleza y cierta apariencia de lujo. Y sin embargo, el oro es uno de los metales mas pesados.

—¿Y no se aplica mas que á dorar?

—¡Oh! hay mil maneras de emplearlo. La mas usada es convertirlo en monedas; las guineas, los luises, los centines, los federicos, los ducados, son de oro con una ligera mezcla de cobre. En otro tiempo tambien se empleaba

el oro en los medicamentos, pero no se tiene noticia de que haya curado á nadie. Aplicado el oro al cristal, le da un hermoso color encarnado.

—¿Y tambien se extrae de las entrañas de la tierra ese admirable metal?

—En ciertos sitios se encuentra mezclado con la arena de los rios, pero lo comun es extraerlo del suelo.

—Entónces, exclamé con cierto orgullo, el empleo del hierro es absolutamente necesario para su extraccion.

—¡Oh! sin duda.

—Entónces resulta que de todos los metales el hierro es el más útil si no el mas precioso.

(Se continuará.)

EL MUNDO SIN POESÍA.

(TRADICION POPULAR DE ALEMANIA.)

Cuentan que en cierto lugar de Europa, y no hace muchos siglos, se difundió entre las gentes el rumor de que la poesía estaba muerta. Y hubo de ser tan llorado este prematuro fallecimiento, que los mismos que cuando vivió apenas se curaban de ella, los que decian no haber probado *nunca* sus inefables delicias, hasta los que hacian gala de desdeñarla como fútil y liviana ilusion de gente moza, vertieron lágrimas de dolor y cubrieron su rostro con un negro crespon en honra de la fenecida.

Repuestos un poco los ánimos, despues de aquel inesperado suceso, se trató de enterrar el cadáver en un espléndido y suntuoso mausoleo embutido de oro y pedrería; pero ¡qué sorpresa! el oro y la pedrería no se encontraron ya en aquella rica comarca, por-

que los minerales habian perdido de repente su esmalte y su brillantez. Para ungir el cuerpo de la difunta se fué buscando aceite y vino de puerta en puerta; mas tampoco hallaron aquellos infelices lo que buscaban tan afanosamente, porque desde la nueva fatal las bodegas y los toneles habian quedado vacíos. Se pensó en tejer una guirnalda de olorosas y lozanas flores para la doncella, pero ¡ay Dios! las flores estaban marchitas. Y es fama que aquel dia la naturaleza entera se vistió de luto; que en un momento perdió sus encantos apacibles la vida, sus rumores el mar, su transparencia los arroyos, los valles y las hondonadas su armonía, su lumbrer serena las estrellas, y hasta el sol—mudo testigo de tanta soledad y tristeza,—alumbraba melancólicamente el recinto mortuo.

rio, al punto de que entre los sábios allí reunidos, ninguno tuvo aliento siquiera para pronunciar una débil palabra en elogio de la poderosa y malograda doncella.

...¿Y qué mucho, si el corazón de los hombres estaba yerto? ¿Qué mucho, si al dejar escapar de su seno la ráfaga de la poesía, aquellos hombres habían muerto también?...

Niños, fijad en vuestra memoria esa interesante relación. Algun día os servirá de consuelo en las adversidades del mundo, y comprendereis claramente que las santas ilusiones de la poesía y del arte son el más precioso destello de Dios en este valle de lágrimas.

J. LEOPOLDO FEU.

PADRE NUESTRO.

*Padre nuestro, dulce Padre,
Vida y amparo del orbe,
Que estás en los altos cielos
De tu gloria narradores;
Que santificado sea
El tu venerando nombre
Por cuantos seres creaste,
Con puros himnos concordes.
Venga a nos, venga el tu reino,
Del mundo esperanza y norte,
Y hágase tu voluntad
Que el bien de todos dispone.
Así en la tierra que riges
En que te adoran los hombres,
Como en el cielo do santos
Los ángeles te conocen.
El pan nuestro, á cuerpo y alma,*

*De cada día que corre,
Clemente dánosle hoy,
Propicio á nuestros clamores.
Y perdónanos benigno
Nuestras deudas tan enormes
Así como humildemente,
Con alma en virtudes pobre.
Ya nosotros perdonamos
A nuestros propios deudores;
Y no nos dejes caer,
Ni jamás nos abandones
En la tentación, mas, antes,
Si tu piedad nos socorre,
Libranos de todo mal;
Y di Amen á nuestras voces.*

ANTONIO ARNAO.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

D. ISAAC NUÑEZ ARENAS.

Del artículo necrológico escrito por el señor D. Antonio Ferrer del Río, publicado en el *Boletín-Revista* de la Universidad de Madrid, tomamos las siguientes noticias acerca del autor del autógrafo, que publicamos en este número, primero de la preciosa colección que vamos á dar á conocer á nuestros lectores:

«El Ilmo. Sr. D. Isaac Nuñez de Arenas nació en Huete el 3 de Junio del año 1812. En el Colegio Imperial cursó latin y filosofía con brillantez sobrada para ganar los primeros premios en diversas asignaturas; y con no menor lucimiento siguió la carrera de leyes en la Universidad de Alcalá de Henares, y á 7 de Junio de 1837 fué su recepción de abogado.

En todo el vigor de la edad juvenil se fué á

hacer vida solitaria á Colloto, posesión muy próxima á Oviedo, con D. Cayetano Cortés y D. Antonio Mendez Vigo; aquel tan apasionado á la lectura y á la meditación, que materialmente economizaba el gasto de su alimentación para comprar más libros, y dormía contadísimas horas; éste, anhelosísimo de luces y muy honrado con recibir á tales huéspedes en aquella cómoda y pintoresca finca de su señor padre.

Honores de auditor de guerra obtuvo el 7 de Abril de 1840 D. Isaac Nuñez de Arenas: por los años de 1843 y 1844, fué sucesivamente auditor de guerra en las capitánías generales de Aragón y Navarra.

Hizo de 1844 á 1845 su estreno en el profe-

*Quien pregunta algo que sabe preguntar ha-
cer algo que no debe.*

*La verdadera felicidad consiste en verse uno her-
mos en el espejo de la propia conciencia.*

*Toda Sociedad debe aspirar á que el radio de la
Lei sea tan largo como el del Derecho: y á que el
del Derecho sea tan largo como el de la Moral.*

*El Candor es el traje natural y primitivo del
alma.*

*La principal nobleza es la de la Virtud, que
no necesita asendientes: y que, si los buscara,
los hallaria en el Cielo.*

*La modestia y el Orgullo son el bueno y el
mal. Lladrona entre quienes suela uno estar
clavado en la vida: solo que la Modestia
le roba á uno mismo, para darlo á los
demas; y el Orgullo roba á los demas, pa-
ra darlo á uno mismo.*

*Isaac Nuñez
de Arenas*

sorado, regentando la cátedra de primer año de la Escuela especial de Administracion. Desde el 10 de Noviembre de este último año suplió á D. Eugenio Moreno Lopez en la cátedra de Literatura de la Universidad Central, hasta que por Febrero de 1847 la ganó, y mediante brillantísimas oposiciones.

En 1856 publicó un libro titulado: *Justicia*

*ma del tratado de justicia para la nueva orde-
nanza militar D. Isaac Nuñez de Arenas, vocal
de la junta consultiva de guerra. Años despues
dió á luz sus documentos filosóficos de litera-
tura.*

El 13 de Diciembre de 1863 fué recibido en la Academia Española. Murió el 2 de Abril de 1869.